



Horacio Castellanos Moya, *Moronga*

(Barcelona, Penguin Random House, 2018, 355 pp.
ISBN 978-84-397-3405-54)

por Emanuela Jossa

En 1969 el poeta salvadoreño Roque Dalton, en “El gran despecho”, apostrofaba a su pequeña tierra natal escribiendo, con el rencor sugerido en el título, “país mío no existes”. Desatendido en los libros sobre la historia y la literatura del continente americano, difícil de hallar en el estrecho mapa del istmo, El Salvador para el poeta se distinguía por su ausencia. En su opinión, esta negación no se debía solamente al descuido de los países extranjeros, sino también a la falta de reconocimiento de una identidad cultural propia por parte de los mismos salvadoreños. De ahí, unas de las vertientes de su trabajo poético: el rescate de la historia no oficial y el desenmascaramiento de las mentiras de la clase dominante que prefabricó e impuso una identidad nacional fingida. Para Roque Dalton la nación sobredeterminada sólo podía producir una fractura en los salvadoreños y el poeta tenía que insertarse justamente en esta fractura, estimulando a los lectores a considerar la lectura como impugnación, disputa, cuestionamiento. Mientras tanto, a partir de su apego intenso e irritado hacia su patria, Roque Dalton seguía acusando a El Salvador de ser un país hipotético, ilusorio, y añadía con su áspera ironía: “parece que nadie te necesita”.

Paradójicamente, El Salvador cobró notoriedad en el extranjero (me refiero especialmente a Italia, mi lugar de enunciación) justamente con el asesinato de Roque Dalton, ejecutado en 1975 por los jefes de su misma agrupación revolucionara (el ERP) con la acusación de traición. Luego la notoriedad se debió a la guerra civil de los Ochenta, marcada por la violencia desmedida de los militares y de los grupos



paramilitares y por una larga lista de feroces delitos contra personajes conocidos: el arzobispo de San Salvador Monseñor Romero, el rector de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas Ignacio Ellacuría y otros cinco jesuitas, Marianela García...

Hoy en día, cincuenta años después de "El gran despecho", la situación social y política de El Salvador está lejos de una solución y su fama sigue estando relacionada con una situación política y social dramática, cuyas consecuencias están ejemplarmente representadas por la violencia y por la ingente migración de los salvadoreños hacia los Estados Unidos. Sin embargo, la existencia de El Salvador, que tanto angustiaba a Roque Dalton, ha cobrado cierto espesor en esta parte del mundo también gracias a circunstancias positivas, como la afirmación de una literatura de gran calidad, que ya a partir de los años '90, a través de novelas, crónicas, cuentos y también obras teatrales, se está divulgando fuera del país. Me refiero a las obras de Claudia Hernández, Jacinta Escudos, Oscar Martínez, Jorgelina Cerritos, entre otros. Pero el escritor salvadoreño más conocido, leído, traducido y también discutido, sin duda es Horacio Castellanos Moya. Por cierto, no es casualidad que uno de sus libros más controvertidos y más entretenidos sea *El asco* (1997), que retoma de manera sagaz justamente el problema de la identidad cultural, cuestionando con sarcasmo "esa estupidez de ser salvadoreño".

En la extensa producción narrativa de Castellanos Moya, Roque Dalton se asoma a menudo, con papeles diferentes. Es una referencia para su uso de la ironía, de la controversia y de la provocación. Desde el punto de vista político, el poeta es una conducta firme e irreprochable, que Castellanos Moya observa con una actitud a veces melancólica, consciente de la opacidad tanto del presente como del pasado. Por otra parte, la vida y la muerte de Roque Dalton presentan de modo ejemplar y trágico el entramado entre la vida y la literatura, lo individual y lo social, la dimensión privada de los afectos y la dimensión política de la acción. A esa densidad política y emotiva se debe la recurrencia de la interpelación acerca de la muerte de Roque Dalton en la narrativa de Horacio Castellanos Moya. En su obra, el rechazo a la impunidad y la necesidad de esclarecer las circunstancias del asesinato del poeta adquieren un sentido más complejo e intenso. De manera explícita, considerando solamente las obras de ficción, la cuestión se presenta en *La diáspora*, publicado en 1989, y retorna treinta años después en su última novela, *Moronga*, (Barcelona, Penguin Random House, 2018, 355 pp., ISBN 978-84-397-3405-54) publicada hace unos meses. La vuelta al tema también se debe a una circunstancia concreta. En 2012 aparecieron en la prensa los primeros comentarios sobre los cables desclasificados de la CIA del año 1964, cuando Roque Dalton fue interrogado por el agente de la inteligencia Harold F. Swenson en la cárcel de Cojutepeque. Los documentos muestran la integridad del poeta que rechazó la propuesta de volverse un colaborador de la CIA, desmintiendo las acusaciones de sus ejecutores.

Moronga no es una ficción sobre la muerte de Roque Dalton, pero el poeta es mucho más que un expediente narrativo. La novela se divide en dos partes y un epílogo. Contada en primera persona, cada parte expresa de modo muy eficaz la condición, la perspectiva y el carácter de dos personajes procedentes de El Salvador que están viviendo en los Estados Unidos. Los dos sufrieron experiencias traumáticas en su país y están marcados por el tormento del pasado y obsesionados por el temor a



ser espiados y controlados. Además, se encuentran en la dificultad de adaptarse al nuevo estilo de vida, a una cultura que juzgan puritana, descrita con ironía sagaz. José Zeledón protagoniza la primera parte del libro y cuenta su presente con un estilo seco y lacónico, casi distante de los hechos que vive en primera persona. La acción se desarrolla a lo largo de diez meses entre 2009 y 2010 en la ficticia Merlow City, ubicada en un sitio retirado en el sur del Wisconsin, un pueblo pequeño y provinciano. José Zeledón es un exguerrillero que quiere anestesiarse del dolor que le producen los recuerdos. Carga con una culpa terrible y en esta pequeña ciudad universitaria, con un nombre falso y escasas relaciones, trata de olvidarse de su pasado. Por esta razón, suspende su existencia en la rutina y en el anonimato, transcurre horas mirando series televisivas como *Breaking bad*, hasta cuando un excompañero, el Viejo, le propone participar en una misión secreta y peligrosa. La primera parte termina con una suspensión: una decisión impugnabile, una pregunta sin respuesta.

Con cierta inquietud, José Zeledón además se entera de que en la universidad hay un profesor salvadoreño que está investigando sobre la muerte de Roque Dalton. Es Erasmo Aragón, el personaje narrador que protagoniza la segunda parte de la novela. Esta empieza en junio 2010, cuando Aragón acaba de llegar a Washington para estudiar en los Archivos Nacionales del College Park los documentos desclasificados de la CIA. Como en otras novelas del escritor, por ejemplo *Insensatez* (2004), la tarea que el personaje tiene que llevar a cabo le produce un estado de ansiedad y perturbación. Las experiencias traumáticas del pasado desencadenan la paranoia de Aragón, que sobre-interpreta cada acontecimiento y cualquier relación humana. Su desasosiego alimenta la tensión y acelera el ritmo narrativo. Él quizás descubre algo muy importante acerca de la muerte de Roque Dalton, pero el hallazgo es continuamente relegado, postergado por el miedo y también por la prepotencia de sus deseos sexuales. De hecho, el título *Morongá* indica la morcilla y en la novela, además de ser el nombre de un criminal, el término se utiliza reiteradamente por su connotación sexual.

El epilogo, titulado "El tirador oculto", es contado a través de informes policiales. El lector se encuentra con un episodio sorprendente que resuelve y a la vez complica la situación, abriendo nuevos escenarios.

En *Morongá* la violencia, elemento constante de la narrativa de Castellanos Moya, se articula en dos formas. En un primer nivel, más evidente, se individualiza en personajes determinados, mexicanos o centroamericanos: mareros, narcos, traficantes de armas. En un segundo nivel, la novela pone en escena la violencia de un estado que ejerce un control obsesivo sobre las personas, infiltrándose en sus vidas. Zeledón y Aragón no solamente temen ser espiados, sino se vuelven engranajes del sistema: en Merlow City, Zeledón es encargado de filtrar los correos del personal de la universidad, luego trabaja con el servicio de videovigilancia. Estas actividades le permiten familiarizarse o indisponerse virtualmente con muchas personas que de hecho no conoce. Por su parte, Aragón considera el fisgoneo y la delación estrategias eficaces para la solución de problemas. Los documentos desclasificados de la CIA funcionan así también como un recordatorio: advierten de la persistencia de un sistema de vigilancia y espionaje que afecta a las relaciones e impide tener un espacio íntimo que no sea condicionado ni juzgado por la sociedad.



A través de los personajes, *Morongá* se vincula a otras obras de Castellanos Moya. Hay referencias a episodios de *La sirvienta y el luchador* (2011), donde Zeledón es Joselito; el mismo Zeledón, mencionado como «El Teniente», y el Viejo ya aparecieron en *El arma en el hombre* (2001) y Zeledón ve o cree ver a Robocop, otro personaje de la misma novela. El protagonista de *El sueño del retorno* (2013) es el mismo Erasmo Aragón. De esta forma, la última novela de Castellanos Moya integra la saga de los Aragón, un ciclo narrativo que Castellanos Moya ha dedicado a la historia de El Salvador, representada de modo tangencial a través de sus repercusiones en la vida de varias generaciones de la familia Aragón. A través de la saga, el escritor muestra la confluencia, a veces buscada otras impuesta, entre el ámbito político y la esfera privada. Esta convergencia es evidente en *El sueño del retorno*: Erasmo Aragón, a la vigilia de los Acuerdos de Paz, decide regresar a El Salvador para contribuir a la transición democrática. Pero está afligido por su salud y por la contradicción entre el imperativo político de regresar y el miedo a ser asesinado como su primo. Como en *Morongá*, Erasmo Aragón está aprisionado por una cadena de sucesos que él mismo ha determinado por su torpeza y su constante perturbación. A la merced de sus contradicciones, Erasmo Aragón a la vez busca tener un rol en su país y una vía de escape de la historia. Su proyecto en El Salvador fracasa y en *Morongá* la investigación sobre la relación entre la CIA y Roque Dalton representa una nueva forma de compromiso político.

En la narrativa del escritor salvadoreño se advierte una voluntad de intervención política que se realiza dentro de la escritura para moverse hacia fuera, hacia una lectura que sea impugnación, disputa, cuestionamiento. Con estas tres palabras combativas estamos de vuelta al inicio de estas reflexiones. Regañando a su país, Roque Dalton le decía: “parece que nadie te necesita”. Creo que sí necesitamos de El Salvador y de su literatura.

Emanuela Jossa
Università della Calabria
ejossa@unical.it